LOS LEALES CHILOTES: EL «EXÉRCITO REAL DE CHILE» Y LA FIDELIDAD INSULAR 1812-1826

Cristián Garay Vera
(U. de Santiago de Chile)

«...siempre aquel archipiélago se conservó fiel por nosotros cubriéndose de gloria sus habitantes cuantas veces los atacaron los enemigos».
JOSÉ RAMÓN RODIL en carta al Ministro de Guerra, 1824.

Introducción

Me parece que el tema principal de esta ponencia es establecer cómo la isla de Chiloé fue la última línea de la defensa del Rey, cuando ésta «sin hombres, sin tropas y sin recursos», como dice Malamud (2006) poco tenía que ofrecer. Varios estudiosos lo han vinculado con las características finiseculares de la idiosincrasia chilota (Vásquez de Acuña, 1994, Guarda, 2002; Urbina y Montiel, sin fecha) y también al indisimulado realismo de la zona sur, asiento del Ejército permanente de la Colonia, aunque aquél como tal no fue la base estructural del Ejército realista que combatió en la Independencia (ver por ejemplo Guarda, 2001, y resumido Vargas, 2006). Por otra parte sociológicamente, la sociedad chilote se convirtió en un reducto secularmente católico, con prácticas especiales, diferenciadas del resto de la comunidad chilena, y unida de modo muy especial al ancestro hispano (Vásquez de Acuña, 1956).

A diferencia del revisionismo, la mirada regional enfatiza el estudio de la sociedad sureña pre inmigración alemana, y enfatiza las peculiaridades de la sociedad allí asentada. Especialmente esta obra la ha realizado el Abad Guarda, desde el punto de vista patrimonial y arquitectónico principalmente, pero también historiográfico y político al recalcar la identidad monárquica y católica del sur, que ya para Vicuña Mackenna partía desde Chillán al sur («la goda Chillán»), que incluía naturalmente a Concepción, y que Guarda reduce entre Valdivia y Chiloé. Variante de esta visión es la historiografía sobre el realismo de los mapuches y de las montoneras (la «guerra a Muerte»), desde el clásico de Benjamín Vicuña Mackenna *La Guerra de Muerte* de 1868, pasando por varias novelas, hasta Ana María Contador (1998) que en clave marxista reinterpreta al realismo como expresión de sectores sociales marginales.

Lo que también ha incidido en esta nueva perspectiva es la historiografía regional: por ejemplo la mirada dedicada a Chiloé: Hanisch S.J., Vásquez de Acuña, Urbina, Guarda, que han recalcado la identidad marinera, católica, tradicional y regionalista del archipiélago de Chiloé y también de Valdivia. Rodolfo Urbina, y sobre todo Dante Montiel Vera —director del Archivo Bibliográfico y Documental de Chiloé—, han constituido la punta de lanza de la historiografía regionalista de la isla, que se expresa tanto en conferencias en centros culturales de la isla como en distintos trabajos.

El Archipiélago lo componen unas cuarenta islas de unos 9.500 kilómetros cuadrados. Por su clima y paisaje fue llamada por los conquistadores Nueva Galicia. Las ciudades principales son Ancud y Castro, pero está jalonada de decenas de pequeños pueblos. La provincia de Chiloé tiene además una faja de territorio «continental» aislada topográficamente por ensenadas, montañas y el mar interior, pues se canaliza en estrechos e islas. Su economía era de subsistencia, con cultivos de papa o patata, que parece ser el origen de la misma. Pero el tono principal de su actividad económica es la pesca y la marinería (Hanisch, 1982, Urbina, 1982). Con

una alta pluviosidad, los chilotes están considerados una sociedad atávica y supersticiosa. Pero más allá del carácter folclórico que los ha revestido la mirada chilena continental, las particularidades católicas y monárquicas de la isla son bien conocidas desde el siglo pasado. Urbina y Montiel (sin fecha), han recordando algunos testimonios, entre ellos el del liberal Diego Barros Arana:

> «Aquella provincia, mal poblada, sustraída al calor y a las pasiones del movimiento revolucionario de la época, hizo entonces mucho más de los que se podía esperar de ella. Presentó más de $ 200.000 para preparar la reconquista de Chile, y en menos de un año puso sobre las armas la vigésima parte de su población... sólo la Francia republicana, en medio del entusiasmo febril de 1792-1793, cuando cubrió sus fronteras con 14 ejércitos, ha hecho un esfuerzo igual...»[1].

Un historiador moderno ha dicho:

> «La magnitud de este esfuerzo excede a toda ponderación. De una población que no pasaba de cuarenta mil almas, Chiloé debe de haber movilizado desde 1813 hasta 1815 no menos de cuatro mil hombres, o sea, un diez por ciento del total, cifra que en aquellos tiempos no se alcanzaba en ningún país. Las unidades chilotas sostuvieron la guerra en Chile, y en seguida una de ellas, el Batallón de Castro fue enviado a combatir en el Alto Perú (hoy Bolivia)...» (Torres Marín, 1985: 63-64).

Y sobre su caída ha dicho Mariano Torrente en *Historia de la Revolución Hispanoamericana*:

> «Así sucumbió esa famosa llave del Pacífico, en la que fue sostenida la autoridad real hasta mediados de enero de 1826, es decir, trece meses y once días después de la batalla de Ayacucho y hasta el mismo día en que capitularon las fortalezas del Callao. Los servicios que prestaron a la causa española Quintanilla... y los

---

[1] Elogios similares hace en su libro *Las Campañas de Chiloé*, Introducción, p. VIII.

> demás jefes, oficiales y soldados, y aún los chilotes en general, no podrán borrarse de la memoria. Nueve años de una guerra penosa y activa, nueve años de continuas privaciones y duros padecimientos, nueve años, en fin, durante los cuales ha quedado bien acrisolada la decisión, bizarría y heroísmo de los jefes peninsulares y la lealtad, constancia y sufrimiento de dichos chilotes, forman el mejor panegírico de todos los individuos que han tenido una parte activa en tan gloriosa defensa».

Por lo demás hace poco tiempo atrás, a causa de la postergación de un puente que uniera la Isla de Chiloé con el Chile continental apareció una violenta protesta de la población que reivindicó su identidad española, con banderas *ad hoc*. Incluso cuestionando su denominación de *chilotes*, que sería un término despectivo colocado a sus tropas en la batalla de Ayacucho en Perú, en vez de la voz *chiloenses*. Por lo demás, en la isla principal, un obelisco conserva la imagen del último gobernador monárquico y primero republicano, Antonio de Quintanilla. Y el himno de Chiloé recuerda la gesta por España, tal como a miles de kilómetros de distancia lo hace el de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra en Bolivia.[2]

En su párrafo III el himno dice:

Tus hermanas del norte te admiran
por tu clima, tu cielo y tu sol
por valiente, heroica y guerrera
que fue el último reducto español.

Además no podía faltar la invocación a Dios:

Tu flora y tu fauna son muy ricas
tus montes con su eterno verdor

---

[2] Por su parte el himno de Santa Cruz de la Sierra dice:

La España Grandiosa
Con hado benigno
aquí plantó el signo
de la redención.

abarcando mil leguas agrestes
las bendijo cien veces mi Dios.

El recuerdo de una España lejana persiste, y ha sido la causa de la postergación en los intereses del Estado chileno republicano, cuya consecuencia inmediata fue el castigo que las autoridades chilenas sometieron tanto a la isla como a la ciudad de Valdivia, por su inveterado realismo durante la Independencia.[3]

Néstor Meza Villalobos en *La conciencia política chilena durante la Monarquía* (1958) hizo, varias décadas atrás, la crítica de la concepción que suponía que solo una actitud mágica y religiosa —según los liberales— podía explicar esta adhesión al Rey. El sugirió que había una práctica que estaba sustentada en las ideas jurídicas; la lealtad a los orígenes (el sentirse españoles); las obligaciones inherentes a los méritos de sus antepasados en la construcción del Reino de Chile; y la defensa de sus prerrogativas e imaginario como «nobleza» autóctona. Que este movimiento era un reflejo de la difusión de ideas políticas contrarrevolucionarias lo ha sugerido Guarda (2001) cuando indica que la activa propaganda monárquica de los misioneros franciscanos *Pro fide*, que influyó en el clima de la Reconquista, pero también provocó su íntegra expulsión tras la Independencia por su activa militancia.

Ahora bien, crecientemente se ha recalcado en el paso de los años que el Ejército «español», no fue peninsular, y ni siquiera fue un ejército de españoles nacidos en la Metrópoli, sino un ejército de criollos nacidos e identificados con la Corona, un ejército americano leal a la Corona. La guerra de Independencia sería un

---

[3] Taxativamente Guarda, 2002. Y Urbina y Montiel sobre Chiloé dicen: «El gobierno chileno designó como Intendente de Chiloé al militar José Santiago Aldunate y Toro, quien estuvo a cargo de la administración desde 1826 a 1829. Iniciándose desde entonces un fuerte proceso de «chilenización» de la cultura chilota, dirigida especialmente por intendentes militares durante casi todo el siglo XIX, ordenando y aplicando políticas centralistas, sin comprender la realidad histórica, cultural, política, económica y administrativa insular».

auténtica guerra civil entre españoles y descendientes de españoles, más americanos autóctonos que toman partido del modo más inverosímil posible como los mapuches, que tras combatir a los españoles por siglos, tras las paces que limitan la presencia española en el río Bío-Bío se alzan en armas a favor de los españoles. Más bien la línea divisoria es ideológica, puesto que como sabemos algunos pocos españoles de nacimiento se unieron a las huestes de la Independencia en beneficio de su ideología liberal y quizás pertenencia masónica, como fue el caso del coronel Carlos Spano o del subsecretario de Marina de Bernardo O'Higgins, Victoriano Garrido.

Por otro lado, está claro que la defensa del Rey la encabezaron fundamentalmente las milicias del sur. El grueso del realismo provino de Concepción, Valdivia, Osorno, y Chiloé, sobre la cual nos vamos a concentrar.

Núcleo de esa devoción realista fue la isla de Chiloé.

El problema en la historiografía chilena

No son muchos los estudios sobre la aventura realista en Chile. Vista por la historiografía liberal del siglo XIX como una causa extranjera, pocos se atrevieron a reconocer, hasta mediados del siglo XX, su carácter de guerra civil, análoga a la que enfrentó en Norteamérica a los *loyalist*, irreductibles en Canadá, y los revolucionarios, triunfantes en las 13 Colonias. Y esto aunque la información de este carácter de guerra civil abunda incluso entre los historiadores liberales del siglo XIX.

El primero de los textos que planteó una mirada condescendiente fue la serie de biografías contenidas en su libro sobre los defensores de rey de Fernando Campos Harriet en 1958. Más tarde siguió el trabajo de Torres Marín sobre Rafael Maroto, militar español, de importante trayectoria en las guerras carlistas, y sobre Antonio de Quintanilla, último gobernador español de Chiloé

y primer gobernador republicano de la isla (Torres, 1981, 1985). Recientemente se ha hecho hincapié en el vacío narrativo del periodo de la Reconquista en el estudio de Cristián Guerrero Lira (2002), y se avanzó en el estudio de la exacción fiscal a los partidarios del Rey en la tesis de Oscar Dávila en la Universidad de Chile para Derecho Histórico.

Respecto a la constitución del Ejército real y el papel de chilotes y valdivianos se pueden encontrar continuas referencias en las historias generales de Diego Barros Arana y Francisco Antonio Encina, y en los materiales de la *Colección de Historiadores de Chile*, en cuyos volúmenes hay abundante información sobre el tema. Más recientemente han abundado en los pormenores historiadores como el Abad benedictino y arquitecto, Gabriel Guarda Geywitz, y el historiador Rodolfo Urbina.

Respecto de la *Colección de Historiadores i de documentos relativos a la independencia de Chile* (1900-1904) Enrique Matta Vial y Guillermo Feliú Cruz fueron los compiladores de numerosos tomos referidos a los realistas. Así por ejemplo hemos identificado cuatro: Antonio de Quintanilla, *Relación de los últimos sucesos militares del Ejército Real de Chile: hasta el embarque en fuga de sus dispersas tropas en el puerto de Valparaíso, en febrero de 1817* (1900), *Papeles varios de orijen realista* en el Tomo IV (1904), entre los que se encuentra además el *Informe del Brigadier Rafael Maroto al Virrei de Lima*. Y en el mismo Tomo IV *Relaciones de la conducta observada por los Padres Misioneros del Colejio de Propaganda Fide, de la ciudad de Chillán desde el año 1808 hasta 1814* [4]. El proceso al Brigadier Gabino Gainza está en la *Colección de Historiadores i Documentos relativos a la Independencia de Chile* (1906), Volumen XV bajo el título de «Proceso de Gainza», y tiene todos los expedientes y testimonios adjuntados a la petición del virrey del Perú.

[4] Testimonios parecidos se encuentran en Francisco Javier DE MENDIZÁBAL (1765-1838), que escribió *La guerra del Sur*, narrando la 1ª y 2ª Expedición del Ejército Real contra Cochabamba. Editada con el título *de Guerra de la América del Sur: 1809-1824*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1997.

Y es posible seguir, además la composición de la emigración en el manuscrito del general Mariano Osorio intitulada *Exército Real de Chile. Estado que manifiesta la fuerza que se ha embarcado p(ar) a el Reyno del Perú perteneciente a dicho Ex(erci)to... Puerto de la Quirina [Concepción, Chile], 7 de septiembre de 1818.*

Pero la principal fuente en esta colección que hemos consultado está contenida en el Volumen XI debido al coronel realista José Rodríguez Ballesteros, que escribió *Revista de la Guerra de Independencia de Chile* (1904) y que empezó con la campaña de Mariano Osorio y concluyó con la dominación de Chiloé.

Para la historiografía liberal que hizo de la Independencia su mito fundante la actitud chilota constituía una auténtica anomalía de la razón. Por eso se creó tempranamente la imagen de un Chiloé supersticioso y lejano, que era efectivamente la última línea de la Corona en el extremo sur de América. Para Diego Barros Arana, y luego para su antípoda, Francisco Antonio Encina, la actitud sureña fue el reflejo de una guerra civil con carácter regional que marcó a toda la Guerra de la Independencia entre 1813 y 1818. ese último año es elegido como corte del proceso, pese a que la sumisión de Chiloé recién se logra en 1826.

Por otra parte, dado su republicanismo, la historiografía militar ignora el proceso: el general Agustín Toro Dávila en su clásica *Síntesis histórico militar de Chile* (1969) utiliza la vieja dicotomía liberal para sencilolamente tratar como tropas foráneas, «españolas», a las unidades realistas, ignorando que su composición era mayoritariamente chilena.[5] El Estado Mayor General del Ejército que edita la *Historia del Ejército de Chile* (1980) trata el tema como una guerra con las tropas «realistas», aunque su foco objetivo es el Ejército Patriota, el Ejército Libertador y el nuevo Ejército chileno.

---

[5] El autor mencionado trata de manera separada «las campañas» de Chiloé entre 1824 y 1826 en las «Guerras de Consolidación de la República» (1969 [1977:173-186]).

Una empresa sureña

El basamento de la fortaleza de la posición chilota fue una larga tradición militar emergida de la condición estratégica de Chiloé como llave del Pacífico y su defensa. Como recalca Guarda numerosas veces se pensó en abandonar la isla, pero lo impedía la acechanza de los enemigos de España. Incluso en el siglo XVIII se cambió la dependencia de Chiloé de la Capitanía General de Chile directamente al Virreinato del Perú. Una red de milicias, navíos y fortificaciones cubría el archipiélago que había tenido pequeñas y exitosas campañas contra los piratas holandeses y británicos (Vásquez de Acuña, 1992, 2004; Urbina y Montiel, sin fecha).

Como dice Marchena (1983 y 2001) el ejército del Rey hacia 1810 se estructuraba en tres niveles superpuestos. El primero *el ejército de dotación*, ejército de línea o regular, casi todo americano; luego *el ejército de refuerzo*, también llamado ejército de operaciones en Indias (Marchena, 2001: 624), compuesto por unidades de reemplazo, destinadas a auxiliar el esfuerzo frente a contingencia de las unidades fijas, y que cumplida su misión retornaban a la Península; y finalmente las *milicias*. Estas últimas eran las más omnipresente en Indias, puesto que eran el signo visible de la fidelidad de los habitantes del reino a su monarca. A través de la participación en las milicias los comerciantes y terratenientes cumplían su requisito de adscripción a la nobleza a la vez que proclamaban su adhesión al régimen. Sobre esta base se forjó la nobleza de Chiloé, que como toda primera línea social de una isla pobre y lejana hacía crecer al infinito los méritos de los antepasados, la pureza de sus líneas de sangre, y la capacidad para puestos militares y gubernativos locales y externos (Guarda, 2002).

Chiloé era, previo al proceso de Independencia, asiento de Compañías de Infantería Veterana (fijas), Compañía de Dragones Veterana (fija), un Regimiento de Infantería de Milicias, y Compañías de Milicias (Bullón de Mendoza, 1995:123). Es decir una dota-

ción nada despreciable, pero marginal al foco principal del Reino de Chile, centrado desde la derrota de los españoles en Curalaba (1598), al llamado Valle Central en el centro del país, pues se debió despoblar la parte sur del mismo.

Casi al inicio de la Independencia los cabildos de Chiloé manifestaron su inconmovible lealtad al Rey. Ello movió tanto a las tropas fijas de la isla como a las milicias, y redundó en la organización en 1813 de un primer ejército realista con los Voluntarios de Castro y la Tropa Reglada de San Carlos.[6] Por lo demás el Virrey Abascal no tenía tropas disponibles en Perú para destinar a Chile, y pensó que bastaba con las tropas acantonadas al sur. Entregó la misión a un marino que combatió en Trafalgar, el brigadier Antonio Pareja, y éste con 50 hombres, una flotilla de cinco mercantes y 50.000 pesos puso rumbo a la Isla Grande de Chiloé, arribando el 18 de enero de 1813 a San Carlos (Torres Marín, 1985 :7). La confianza depositada fue certera, pues allí mismo los cabildos dispusieron de una fuerza destinada a la recuperación de la plaza de Valdivia, primero y Concepción después.

El contingente no salía de la nada. «Chiloé presentaba considerable importancia estratégica, como primer punto de recalada después de la difícil navegación por el Estrecho de Magallanes o por el Cabo de Hornos» (Torres Marín, 1985:11). La plaza fue tomada a traición por los holandeses en 1600 y quemada por los mismos en 1642, pero siempre recuperada por los habitantes de la zona que se preciaban de ser españoles y católicos. De hecho una campaña militar isleña recuperó la isla para la Corona española y también se dieron en sus aguas las primera batallas navales. (Vásquez de Acuña, 1992, 2004). Jurídicamente esto explica que «El Virrey del Perú indicó al Gobierno de Madrid la conveniencia de colocar a Chiloé bajo la dependencia directa del Virreinato con miras a su mejor defensa; y así se hizo, primero provisionalmente,

[6] Recién en 1834 la ciudad tomó el nombre de Ancud, por lo cual algunas veces se alude a la misma como *San Carlos de Ancud.*

y desde 1784 de modo permanente» (Torres Marín, 1985:11). «Sociedad pobre y rústica era, no obstante, al decir de Encina, una de las más militarizadas del Reino de Chile con sus dos guarniciones de infantería y caballería con asiento en Calbuco y San Carlos de Chiloé, respectivamente, y una compañía de Artillería que atendía los fuertes y baterías, sitios casi todos en el Canal de Chacao para oposición de las siempre anunciadas invasiones. Era, en jerarquía, la quinta fuerza del virreinato con 395 soldados pagados por el *situado* [presupuesto virreinal] que se remitía desde Lima, sin contar los 2.000 milicianos que por ser «numeristas», servían a su costa, y concentrados principalmente en la jurisdicción de Castro, divididos como aquellos en compañías de infantería y caballería. Esta «gente de guerra» estuvo inactiva durante todo el siglo XVIII, pero atenta a los conatos de invasiones inglesas.» (Urbina y Montiel).[7]

Por otro lado lo militar se entronca con lo político religioso. La cohesión social de Chiloé era particular por el hecho que la evangelización era más profunda que en otras partes, debido a la influencia de los jesuitas y de su curioso método de evangelización itinerante por mar, que remarcaba el aislamiento de la población. Y además por el prurito aristocrático y españolizante de una sociedad ya considerada en su época arcaica, que veneraba sus raíces hispanas y que se difundió por toda la población, no solo la de ascendencia peninsular, sino también por la indígena.

Todo esto se extendía a lo poblacional y geográfico. Recién se estabiliza la población cuando se crean San Carlos de Chonchi (1764) y San Carlos de Ancud (1768). La dispersión de las 80 localidades existentes en el siglo XVIII se solucionaba por mar, y desde 1788 por la construcción del Camino de Caicumeo entre San

---

[7] En el mismo sentido discurre TORRES MARÍN «La ciudad de San Carlos recibió una pequeña guarnición y se levantaron ahí algunas fortificaciones. Se procedió también a organizar las fuerzas de milicias de Chiloé, que en el año 1781 presentaron en revista 1.145 hombres de infantería, 608 de caballería y 28 artilleros, esto es , unos 1.800 en total» (1985:11). Sobre la defensa del Reino, entre otros Máximo F. MUÑOZ, *La política de defensa de los Borbones: el caso de la Capitanía General de Chile* (2002).

Carlos (Ancud) y Castro. Atravesaba la selva y fue pavimentado con madera de roble, lo mismo que el camino diseñado al sur de Osorno por el gobernador Pusterla (Guarda, 1978: 159).

Lo aislado del lugar se compensaba con su importancia estratégica y el peso de las milicias más allá de lo militar: Ballesteros comenta que sus labores se extendían en varios ámbitos, y que en su estructura comprendía casi toda la población masculina de la isla, que no era mucha, pues se incluía en las milicias a «Todo individuo desde los diez i seis años a los cuarenta era filiado en la milicia; i tenían una plana mayor veterana para la instrucción según la ordenanza de Cuba» (Ballesteros: 364, nota (256)).

> «Estos isleños en clase de milicianos se presentaban al servicio de las armas bastimentados por sus casas; del mismo modo concurrían en sus compañías con sus oficiales a la composición del camino de Caicumeo hasta mil hombres con sus propias herramientas, dividiendo el trabajo por compañías que llamaban suertes i que distinguían por unos palos parados a distancia de quince cuadras uno de otro, con el número que indicaba la compañía a la que correspondía dicha suerte. También se les llamaba a la composición de puentes, i cada batallón estaba obligado a la refacción de los caminos de su pertenencia, entendiéndose que estas labores que se hacían anualmente por diciembre o Enero eran gratuitas; se habla del tiempo del gobierno español» (Ballesteros (1901): 364).

En 1812 los Cabildos y las milicias forman la vanguardia de la ofensiva realista ante la acción de la Junta de Gobierno de Santiago que proclama la Independencia desde septiembre de 1810 en todo el Reino de Chile. Incluso en un primer momento la Junta de Valdivia adhiere al movimiento, pero no así Chiloé. La primera acción de los tropas chilotas es la vuelta a la obediencia al Rey en la ciudad de Osorno, próxima a Valdivia.

La oportunidad de hacer algo más grande no se dejó esperar. «Al año siguiente las fuerzas chilotas ascendían a 1.400 soldados, 900 de los cuales eran de línea, base de lo que será el ejército realis-

ta que el virrey Abascal encargó formar al brigadier Antonio Pareja, quien zarpó desde El Callao el 12 de diciembre de 1812 con 50 soldados, algunos oficiales y 25.000 pesos en dinero y vestuario.» (Urbina y Montiel).

Al recalar Pareja en Chiloé su escasa provisión de fondos se fortaleció notablemente con el préstamo que le hizo el cura de San Carlos de Ancud por nada menos que 4.500 pesos oro de la época. Fue la primera de muchas contribuciones de la isla a la «causa del Rey». Pareja desembarcaba teniendo como sus principales apoyos a José Rodríguez Ballesteros, autor de la Revista de la Guerra de Independencia» (Tomo VI *Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Independencia de Chile*) y a José Hurtado. «Los realistas... eran, en su mayoría chilenos».[8] Y los mandos eran también peruanos e incluso un argentino (Barañao). El otro grupo era de comerciantes peninsulares como Eleorraga y Quintanilla. Es importante destacar que Semprún y Bullón de Mendoza afirman que, «Los realistas [en 1813] han puesto firmemente el pie en Chile controlando una importante zona, alzado en armas a las araucanos en apoyo a su causa y organizado un ejército sin contar casi con ayuda fuera ni, por supuesto, con la más mínima presencia de peninsulares». [9]

Como dice la versión la *Historia del Ejército de Chile* «Al comenzar el año 1813, el Ejército de Chile se encontraba distribuido en dos núcleos, ya que no se podía contar con la guarnición de Valdivia, por cuanto la Junta que gobernaba esa ciudad era realista y la presidía el coronel Ventura Carvallo» (EMGE, Vol. II, 1980: 67). Ese año se aproximó y tomó la plaza de Concepción el ejército del coronel Pareja. La traición del oficial portorriqueño coronel Ramón de Jiménez Navia, que permitió a los realistas el ingreso a

---

[8] Fernando CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1976, 2ª edición, p. 47.

[9] José SEMPRÚN y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *El Ejército Realista en la Independencia de América*, Mapfre, Madrid, 1992, p. 104.

la plaza, tuvo hondas repercusiones pues significó la «pérdida de 20 cañones de distintos calibre, 530 fusiles, 173 pares de pistolas, 514 espadas de caballería, 1517 de golpe, 1369 lanzas, 4000 balas de cañón, 27700 cartuchos de fusil, 200 quintales de pólvora y muchos otros pertrechos; además la incorporación de los soldados veteranos de la frontera a las fuerzas que Pareja traía de Chiloé y Valdivia. Con ellas inició sus acciones contra los patriotas» (EMGE, 1980, Vol. II: 69).

Del contingente que traía la primera y segunda División eran chilotas: el Batallón Veterano de Chiloé y el Batallón de Voluntarios de Castro. La tercera provenía de Valdivia, y la reserva la constituía de Batallón Veterano de Concepción y seis cañones. En número era claro el protagonismo insular. Los chilotes, incluyendo los 50 peninsulares, miembros de la comitiva del brigadier Pareja, formaron con la Brigada de Artillería sumando 1.400 hombres. En Valdivia se sumaron 700 hombres más: el Batallón de Infantería de Valdivia (600) y una Brigada de Artillería (100). El total eran 2.070 efectivos.

Estas fuerzas reconquistaron Concepción y añadieron nuevos líderes: Juan Francisco Sánchez, Idelfonso Eleorraga, Antonio de Quintanilla y Luis Urrejola. Obtuvieron nuevos reclutas en Chillán (2.000 más). Pero en la sorpresa de Yerbas Buenas los chilotes creyeron ser traicionados por los mismos realistas del continente, al ser muerto por sospechoso fuego de su propia fila el jefe Juan Tomás de Vergara. Las unidades chilotas se negaron a seguir al norte, y se replegaron cuando grupos masivos de milicianos de Chillán y Concepción abandonaron la expedición, con lo cual Pareja debió retroceder. El Ejército real volvía a ser integralmente chilote y valdiviano.

Como dicen Urbina y Montiel:

> «Mientras tanto la vida en Chiloé giraba en función de la guerra. Millar y medio de insulares en las campañas de Chile significaba que la mitad de las tres mil familias que había en la Provincia tenían esposos o hijos combatiendo. Rezos y plegarias. La vida

como en suspenso a la espera de noticias, y al trabajo, para sostener al ejército. Se reunía dinero; también en Valdivia. El bergantín «Potrillo» zarpó de El Callao a Chiloé desde donde retornó a Arauco en noviembre de 1813 con 8.000 pesos recaudados en la empobrecida Provincia que pudo formar, además, un nuevo batallón de 600 hombres organizado en la Isla por el coronel Manuel Montoya y Ramón Jiménez Navia y embarcado en los buques «Trinidad» y «Dolores» el 14 de enero de 1814. Montoya iba de Comandante. Lo secundaban el capitán Manuel Martínez, los oficiales Manuel Cárdenas, Elías Andrés Guerrero, José Marchan, Federico Vera, Lorenzo Reyes, Basilio Andrade, Manuel Vargas y el cirujano Antonio León, para incrementar el número de «defensores del rey» que ya habían sobrepasado la línea del Maule el 1º de agosto con el «Batallón Chiloé» con 2 cañones, y con 60 hombres de caballería del «Valdivia» con 4 cañones, ambos al mando de Ildefonso Eleorraga.» (Urbina y Montiel).

En 1814, desde Talca, el coronel Ramón Vargas informaba que el Ejército Real se componía de los batallones Fernando VII (teniente coronel José Vildósola), Valdivia (teniente coronel Pedro Asenjo), Veteranos de Chiloé (coronel José Hurtado), Milicianos del Chiloé (teniente coronel Manuel Montoya), Milicianos de Castro (ayudante graduado José Miralles), Milicianos de Chillán (Coronel Clemente Lantaño); el Escuadrón de Dragones (coronel Andrés Ramos), la División del Real de Lima (capitán Francisco Velasco); la «Partida de Voluntarios» (teniente coronel Felipe Ríos); y el Cuerpo de Artillería Nacional (coronel Tomás Plá). (Proceso de Gainza (1906): 334-337). Esta lista oficial demuestra cuál era el peso de chilotes y valdivianos en el mismo.

Las tropas, por otra parte, se habían endurecido y adoptado un comportamiento muy combativo. Pronto se les consideraría tropas veteranas, curtidas en muchos encuentros. Acrecentada su fama además porque en el sitio de Chillán, hecho durante un duro invierno, los patriotas habían señalado a los chilotes como sus principales adversarios. Una octavilla les endilgaba...

> «¡Hasta cuándo, oh fraticidas, provocaréis nuestra tolerancia! Cuáles serán los límites de vuestras sanguinarias intenciones que no os mueven a desistir de tantos crímenes la espada de la justicia que amenaza vuestros cuellos, no la inocente sangre chilena derramada con sediento furor, ni la triste desolación del patrio suelo saqueado por vuestra desenfrenada codicia. ¿Cómo os habéis olvidado que sois chilenos hermanos nuestros de una misma patria y religión y que debéis ser libres a pesar de los tiranos que os engañan?...» (citado por Urbina y Montiel).

El apoyo político y organizativo en el sitio de Chillán lo proporcionaron los franciscanos de la Propaganda Fide. El Padre Almirall fue el principal consejero militar del segundo de Pareja, Sánchez, quien retuvo a Chillán en su poder pese al asedio, auxiliado por un invierno que fue particularmente inclemente. [10]

A los partidarios de los españoles se les llamaba sarracenos, y a Chillán, que resistió el sitio del duro invierno de 1813, Vicuña Mackenna la llama la «siempre goda Chillán».

El brigadier Pareja murió de enfermedad y fue reemplazado por el brigadier Gabino Gainza. Este traía a 200 soldados peruanos, que fueron enviados en enero de ese año. Arribó a su vez otro batallón chilote de 600 soldados. Con esos 800 efectivos sitiaron Talca, que estaba defendida por el coronel español Carlos Spano, que murió defendiendo la causa patriota. La firma del Tratado de Lircay en mayo de 1814, que reconocía a Chile como parte de la Monarquía, pero contemplaba la salida del Ejército real, provocó la desautorización de Gainza por el Virrey, y el nombramiento del prudente y criterioso coronel Mariano Osorio y 200 soldados peruanos más. Además le acompañaba el primer Batallón peninsular, el Talavera. Este mandó las tropas de nuevo y obtuvo de ahí en adelante resonantes éxitos.

---

[10] Fernando CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey*, *op. cit.*, pp. 44-47.

Todavía Chiloé aporta tropas de modo significativo. Tras la victoria de 1814, se remiten en la Reconquista el Batallón de Chiloé y los Cazadores de Chiloé «formados por chilenos».[11]

En la expedición de Osorio suman 3.500 soldados. Están el 2° Batallón del Infante; el 2° Batallón del Burgos, el 2° Batallón de Arequipa de mil soldados cada uno; los Escuadrones de Lanceros del Rey y de Arequipa. A pesar de los nombres de los regimientos más connotados, «entre los componentes de esas fuerzas hay ya una mayoría de personal americano» [12]

A Quintanilla, líder de los chilotes se le dejó la tarea de reorganizar el escuadrón Carabineros de Abascal. La lealtad chilota fue el eje de la resonante victoria en la batalla de Rancagua, 1814 (para los patriotas el «Desastre» de Rancagua) donde el Ejercito patriota fue fulminado con más de 600 muertos y 450 heridos de 1750 efectivos, y solo se salvó desde el asedio el general O´Higgins y un grupo de fieles en una salida desesperada, preludio del fin de la Patria Vieja e inicio de la Reconquista que llegó a la capital. El Batallón Chiloé constituyó la guardia del Gobernador español, Casimiro Marcó del Pont.

La posición de los chilotes era clara. Un artillero destinado en Perú, enviaba esta proclama a sus paisanos, al felicitarlos por el éxito militar: «poseído del mayor regocijo veo florecer vuestro nombre y eternizarse vuestras acciones en defensa de la justa y santa causa. Este dulce entusiasmo me arrebata a hacer conocer a las naciones el jamás bien loado patriotismo de los valientes chilotes que para mayor gloria se reconocen y nominan vasallos de la brillante nación española; vosotros, nuevos mártires, que la provincia de Chiloé del fértil reino peruano dio para los reparos de los extraviados de Chile, vosotros ocupáis ya el lugar de vuestro mérito en el dosel

---

[12] José SEMPRÚN y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *El Ejército Realista..., op. cit.*, p. 149.

[13] José SEMPRÚN y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *El Ejército Realista..., op. cit.*, p. 151.

del heroísmo, pues si paramos un momento a hacer un breve diseño de vuestros trabajos hallaremos con realidad que vuestro patriotismo alcanzó el laurel de reconquistadores a impulso de vuestra fidelidad, el odio que los habitantes de Chile os profesan, lo fragoso de los caminos, la intemperie del clima, el corto sueldo, la desnudez y necesidades que habéis pasado son los más fieles garantes que en la historia de los siglos, dando eterno testimonio, dirá cuando casi toda la América deliraba en su soñada independencia, los fieles hijos de la Provincia de Chiloé, del pénsil peruano, militando bajo la bandera del rey, defendieron la causa de la nación y sujetaron a la española metrópoli a todo el reino de Chile, que dejando las bases del juicio de la lealtad se precipitaba en un horroroso exterminio de sí y de sus hijos».» (citado por Urbina y Montiel).

Pero pronto vendría el cambio de suertes.

«*La Gaceta del Gobierno* destacaba que el ejército realista de Chile era el mejor de la América Española, y así lo reconocen también los historiadores. En 1817 contaba con 4.317 hombres: 2.884 de infantería y 1.233 de caballería, compuesto por 800 efectivos del Batallón de Concepción, 700 del Batallón de Chillán, 420 hombres del Batallón Veterano de Chiloé; 320 del Valdivia, 444 del Talavera y otros 200 valdivianos. Por entonces el Batallón de Voluntarios de Castro se hallaba combatiendo en Alto Perú junto con una parte del Talavera[13]. (Urbina y Montiel). El Batallón de Castro «contribuyó decisivamente a la gran victoria realista de Viluma, el 29 de septiembre de 1815», luchó hasta 1820 y fue aniquilada en Ayacucho (Torres Marín, 1985:64).

En 1817, cuando «el «Ejército Libertador» formado por patriotas argentinos y chilenos cruzó Los Andes, había 900 soldados

---

[13] Por lo demás el Batallón Talavera, tenido por español, reemplazó 300 soldados por chilotes.

realistas en Aconcagua pertenecientes al (batallón) Talavera, al Veterano de Chiloé, al de Valdivia, a la Compañía de Húsares, y a los Carabineros de Abascal, todos a las órdenes de Rafael Maroto y Antonio de Quintanilla. Luego se agregaron otros 200 hombres del Batallón Chiloé y 200 del Talavera para dirigirse a Chacabuco donde se concentraron 1.327 realistas. Maroto enfrentó a los patriotas con el Talavera y el «Chiloé» que eran las mejores fuerzas, formando columnas cerradas a izquierda y derecha del cerro Guanaco. A retaguardia puso la caballería. O'Higgins ordenó a Zapiola cargar y con tal ímpetu sobre el [batallón] Chiloé que fue sobrepasado y los realistas vencidos. Apresuradamente se organizó un nuevo batallón en la Isla para reforzar la disminuida y maltrecha tropa realista. Zarparon 133 hombres, pero sin armas, pues en la Provincia ya no las había. Para entonces el curso de la guerra tomaba otra dirección. Este último y exiguo batallón era sólo un inútil, pero elocuente testimonio del descomunal esfuerzo de los chilotes por la causa del rey.» (Urbina y Montiel)

La victoria de Chacabuco en 1817, obtenida por el general San Martín, produjo honda impresión, acentuada por la muerte de Ildefonso Eleorraga, la huida del gobernador Casimiro Marcó del Pont, un afeminado gobernador que trastornó lo bueno de Osorio, y el éxodo de 1.100 personas en buques hacia Lima. «Los realistas fugitivos de Santiago, en número de mil, de todas clases y condiciones, habían salido de Valparaíso en once buques, donde «apenas podían caber de pie», y llegaron al Callao entre el 27 de febrero y el 1° de marzo. Mal recibidos por el virrey Pezuela, tanto los oficiales como los individuos de tropa recibieron orden de reembarcarse para regresar a Talcahuano y ponerse a disposición de Ordóñez» (Díaz, 1946: 22-23). Tras ser procesado al igual que el resto, Antonio de Quintanilla, embarcó primero en el buque *Mariana* y luego en el *Palafox*, primero a Lima por El Callao, y luego de vuelta a la Isla Grande de Chiloé pues acaba de ser nombrado Gobernador Comandante General de Chiloé.

Desde Chiloé, Quintanilla trató de auxiliar a Osorio, que se batiría infructuosamente en Maipú (1818), para ser derrotada la causa realista en la zona del Valle Central.

La republiqueta monárquica

En el nuevo escenario Quintanilla preparó a la isla para la defensa y la subsistencia, incentivó el cultivo de papas, la ganadería bovina, y la actividad armadora menor. Y sobre ese esfuerzo económico, «Quintanilla reorganizó la defensa y formó un batallón; recibió de Lima 200 fusiles, y en un postrer e inusitado esfuerzo remitió a Talcahuano dos compañías para ponerse a las órdenes de Ordoñez que todavía defendía aquel puerto. Mientras tanto ordenaba la construcción de lanchas cañoneras en cada partido de los seis en que se dividía el Archipiélago, y armó la goleta «General Quintanilla» con 4 cañones para practicar el corso con la que obtuvo 296.057 pesos, 7 reales de botín para las arcas fiscales, recursos con los que pagó a los soldados y los vistió. Lo mismo hizo con el bergantín inglés «Lapuy» al que habilitó con bandera y patente de corso con el nombre de «General Valdés».» (Urbina y Montiel). La defensa de Quintanilla transcurrió entre 1818 y 1826. Durante los nueve años de su gobernación «captó las esencias fundamentales del carácter de los isleños y en base a ellas armaría el plan de su gobierno».[14]

Las fuerzas de la isla subsisten pese a toda su sangría. Su estrategia defensiva está basada en tres anillos. Primero el marítimo con sus lanchas cañoneras y corsarios; segundo las fortificaciones, especialmente en San Carlos de Ancud. Recordaba Ballesteros «se halla fortificada a la entrada con el castillo de Ahui, situado ventajosamente sobre la punta del mismo nombre, que precisamente

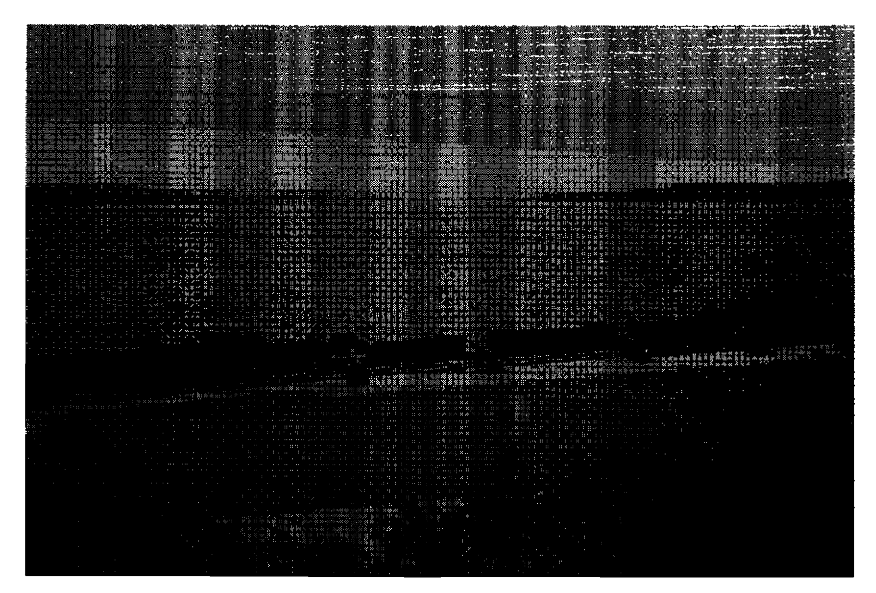
[14] Fernando CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey*, *op. cit.*, p. 275.

han de pasar los buques a tiro de fusil para evadirse de las corrientes que causan las fuertes mareas sobre el Bajo del Inglés e isla de la Sebastiana» (Ballesteros (1901): 366). Y tercero, los contingentes prestos a la defensa: 1 batallón veterano, 6 compañías de milicias, 1 escuadrón de caballería de milicias, y unidades de artillería y milicias. 1700 hombres contra los 2600 y la flota que arriba en 1825 a sus costas. Quintanilla consulta a los Cabildos si se va a resistir y la decisión es positiva, pero la superioridad es evidente y tras las últimas batallas el gobernador rinde la isla el 18 de enero de 1826, el mismo día en que se entregaba El Callao por Rodil. [15]



Fortaleza de Ahui, San Carlos de Ancud. Fotografía del autor.

[15] José SEMPRÚN y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *El Ejército Realista...*, *op.cit.*, p. 232.



Fortaleza de Ahui, San Carlos de Ancud. Fotografía del autor.

La condición excepcional de Chiloé puede sintetizarse, como dicen Semprún y Bullón de Mendoza en «que a lo largo de esta época (1819-1822), Chiloé constituye un pequeño estado cuyo destino es considerado por diversas potencias europeas y también de las nuevas que aparecen en América».[16] El aislamiento de Chiloé no significó su ausencia de la empresa de reconquista. Quintanilla envió refuerzos al coronel Ordóñez que resistía en el puerto de Talcahuano, a El Callao (Perú), y a la Araucanía: en suma, en toda zona donde se sostuviera la bandera realista. Las unidades chilotas siguieron combatiendo hasta el Alto Perú, actualmente Bolivia, tras el desastre en Perú, donde se unieron a las últimas tropas de Olañeta.

[16] José SEMPRÚN y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *El Ejército Realista...*, *op.cit.*, p. 231.

La última defensa

«Como la principal defensa de Chiloé era por mar, Quintanilla formó una escuadrilla de lanchas cañoneras; consiguió que cada partido de los seis en que fue dividida la provincia, construyese su lancha propia, dándoles el hierro». Sobre esta embarcación se montó un cañón.[17]

Asimismo el gobernador de Chiloé para afianzar su posición otorgó patentes de corso a dos buques, que remitieron botines de regular importancia pero de gran urgencia dado que Chiloé había quedado aislado de sus líneas de aprovisionamiento. Uno de ellos recibió el nombre de *General Quintanilla* e hizo una campaña muy exitosa, el otro fue el *General Valdés*, que naufragó con toda su tripulación y prisioneros. De todas maneras al apresar buques franceses, británicos y estadounidenses causó la reacción de estas potencias que persiguieron sin éxito a los trasgresores.

Con el fin de incentivar la lucha por la Corona, Quintanilla envió otro buque armado, *El Chilote*, que llevó soldados desde la isla a la fortaleza de El Callao. Y no bastando eso, remitió otro navío que llevó auxilio en la zona de la Araucanía al coronel Benavides que llevaba la Guerra a Muerte, un movimiento de montoneras contra la República chilena.

Por todo lo anterior, y fracasada la primera expedición de Lord Thomas Cochrane (jefe de la escuadra chilena) en 1820, como la de 1822, el General Freire realiza en 1824 una tercera expedición con cinco navíos y 2.149 soldados. Siendo alertado por marinos estadounidenses del Hurón, Quintanilla estableció una línea de defensa en la batalla de Mocopulli, lo que acentuó además el problema del clima y condenó la expedición al fracaso. Si bien el barco *General Quintanilla* se perdió porque aprehendió una embarcación francesa, el *Vigie*, siendo apresado en represalia por

[17] Fernando CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey, op. cit.*, pp. 274-275.

autoridades navales galas de ese país como compensación a los armadores afectados.

Tras ocho años de privaciones, la isla empezó a flaquear. Tenía ya 2.000 muertos, nada menos que el 20% de su población, sin contar con la sangría financiera. Su aporte a la campaña realista había significado un esfuerzo considerable. «Dos mil hombres era un sacrificio desproporcionado en una provincia que contaba con poco más de tres mil familias. Las regiones más populosas del Perú movilizaban menos gente en los años más álgidos, como era 1820. Pisco tenía 900 hombres en armas, Cuzco 500, La Paz 900 y Guayaquil que movilizaba 1.000. Ese mismo año los chilotes del Batallón de Castro seguían combatiendo en Alto Perú, mientras en la Isla había otros 1.000 hombres en armas, de modo que todos los que estaban en edad de pelear, participaron en las guerras entre 1812 y 1826. Unos chilotes en las sierras andinas, otros en El Callao, cuando la Isla Grande comenzaba a sufrir en su propio suelo los ataques patriotas» (Urbina y Montiel).

La isla seguía resistiendo en solitario: tal como Valdivia hasta su sorpresiva toma por Lord Cochrane (1820), convirtiéndose en lo que Guarda ha denominado una *republiqueta monárquica*, que sin auxilio se gobernaba y desarrollaba su propio esfuerzo de guerra.

En 1824 la defensa de Chiloé era un ejemplo para Rodil en El Callao. Pronto las tropas reales serían vencidas en Perú en la batalla de Ayacucho. Las tornas del destino habían cambiado: la independencia del archipiélago estaba llegando a su fin, amagado por una amenaza de Simón Bolívar de conquistar por sí mismo la isla sí proseguía su actividad monárquica. Bolívar demandó su conquista, porque a su juicio, los chilenos «han sido tan cobardes o imbéciles que no han podido tomar ese archipiélago» (citado por Guarda, 1971: 134). Había voces en Perú que promovían la adquisición de la isla y esto alarmó al gobierno chileno y el Director Supremo, sucesor de O'Higgins, el general Freire condujo en 1826 un cuarto intento de conquista. Quintanilla opuso una flotilla que

cubría la isla y los destacamentos del Batallón Veterano, la Compañía de Artillería con 4 cañones y 400 milicianos, granaderos y lanceros. Este vez el ejército chileno logró el éxito tras las batallas de Pudeto y Bellavista. El mismo día que capitulaba el brigadier Rodil en El Callao se concretaba el Tratado de Tantauco, que eclipsaba la autoridad española en el Archipiélago e Isla Grande de Chiloé, que pasaron a constituir una provincia, aunque, signo de las circunstancias, su primer gobernador civil fue el propio Quintanilla, siendo el único lugar donde la sucesión fue conducida de modo irreductible por el más leal de los leales. (Vargas, 2006: 56-92)

La provincia republicana se creó por ley del 30 de agosto de 1826, compuesta por los Departamentos de Ancud, Chacao, Dalcahue, Castro, Chonchi, Carelmapu, Calbuco, Quinchao, Quenac y Lemuy, con capitalidad en Castro.

De las tropas, licenciadas, alguno todavía partió a defender al rey en España y luego volvió a Chiloé, entretanto Quintanilla se refugió en Santander, desde donde libró una batalla sin esperanza contra la burocracia, ignorante de su heroica defensa. (Torres Marín, 1985: 74 [18]).

Conclusiones

La ausencia de este Ejército Real en la historiografía oficial tanto institucional como nacional tiene su razón de ser. Porque el Ejército Real no guarda relación con el Ejército republicano, ya que éste último se nutre, una vez decantado 1818, de la fusión con las unidades regulares o fijas del Ejército del Reino de Chile, sobre todo al sur de Santiago. En cambio el Ejército Real surgió

[18] Uno de ellos fue Santiago Barrientos y Alvarado, teniente coronel de infantería. En cuanto al único hijo del brigadier Quintanilla, Antonio de Quintanilla Álvarez, apoyó a Carlos VI, el rey carlista, e hizo varias misiones por Europa en su nombre. Fue agraciado con el título de Marqués de Quintanilla. Tras su derrota se acogió al indulto de Isabel II y se retiró de la vida pública. Ver VÁSQUEZ DE ACUÑA (1974b).

básicamente de las milicias, y algunos refuerzos como los batallones Burgos y Talavera, y por cierto del batallón Arequipa, venido desde Perú. El Ejército de Pareja, Gainza y Osorio recibiría mejor nombre como Ejército Real de Chiloé y Valdivia, que es lo que fue en realidad. Fruto de una cruzada regional, popular y religiosa, que se prolongó hasta el agotamiento de la isla y su archipiélago en 1826, cuando había consumido todo su crédito y haberes, y cuyo radio de acción fue todo el Chile central y del sur, más Perú y Alto Perú, hasta donde llegaron las unidades de la isla a defender a su monarca. Concluida la defensa del Rey, el Ejército Real se disuelve en el tiempo, quedando sólo en la memoria de los descendientes de aquellos que en Chiloé, siguieron tenazmente guardando el recuerdo de las hazañas y tiempos idos.

La historiografía independentista requería construir un enemigo y este fue el español. Bajo esa mirada la independencia fue conseguida contra los designios de cientos de soldados españoles de la metrópoli, que desde Lima atacaron el Reino. La vieja rivalidad chileno-peruana no hizo sino trasmutarse con las campañas «liberadoras» de la Independencia, en que el Estado de Chile financió y organizó la escuadra para transportará las tropas argentinas de San Martín.

Naturalmente la sola idea que los defensores del Rey eran simplemente *otros patriotas* no fue visible hasta que se empezó a reconocer que el esfuerzo fundamental de la empresa monárquica fue una empresa de chilenos, que se reconocían españoles primeramente. También una empresa católica, aunque a finales de la Independencia la invocación religiosa era compartida por ambos bandos.

Lo que dividía a los combatientes era sin duda la necesidad del Monarca. La fidelidad y las ideas políticas estaban sobre un sustrato no menos explícito, pues la devoción al Rey y a las instituciones reales, eran parte de un pensamiento político que la historiografía liberal del XIX (Amunátegui y Barros Arana) negó.

Todavía más recientemente se ha reconocido que la empresa monárquica fue una empresa sureña, y dentro de ello chilota y val-

diviana. Las nuevas historias regionales han puesto de relieve que la construcción republicana fue una tarea del Valle Central, núcleo de la identidad dura del país, y que las regiones realistas sufrieron por esto una grave postergación hasta que en el caso de Valdivia se trajeron los emigrantes alemanes, mientras se dejaba en su sueño colonial a Chiloé.

Bibliografía

Fuentes primarias

BALLESTEROS, José (Coronel Ejército de España), *Revista de la Guerra de la Independencia de Chile*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, Volumen V (1901).

MATTA VIAL, Enrique y FELIÚ CRUZ, Guillermo. *Colección de Historiadores i de documentos relativos a la independencia de Chile* (1900-1904):

Proceso de Gainza, Volumen XV(1906).

Papeles varios de orijen realista, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile (1904).

Relación de los últimos sucesos militares del Ejército Real de Chile: hasta el embarque en fuga de sus dispersas tropas en el puerto de Valparaíso, en febrero de 1817 (1900).

Fuentes secundarias

ALBI, Julio (1987). *La defensa de las Indias (1764-1799)*, ICI, Madrid.

BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso (1995). «Situación militar de la América española en las vísperas de la Independencia», en Guerra, Francois Xavier (editor), *Revoluciones Hispánicas. Independencias americanas y liberalismo español*, Editorial Complutense, Madrid, 1995, pp. 107-126.

CAMPOS HARRIET, Fernando (1958). *Los defensores del rey*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

CONTADOR, Ana María (1998). *Los Pincheira. Un caso de bandidaje social. Chile 1817-1832*, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile.

DÍAZ, Francisco Javier (1946). *La batalla de Maipú*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile.

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO (1980). *Historia del Ejército de Chile*, EMGE, Santiago de Chile. Volumen II: «De la Patria Vieja a la Batalla de Maipo 1810-1818».

GUARDA, Gabriel (1978), *Historia urbana del Reino de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

———— (1979), *La sociedad en Chile austral antes de la colonización alemana,1645-1845*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979

———— (1990) *Flandes Indiano: las fortificaciones de reino de Chile: 1541-1826*, Santiago de Chile.

———— (1993) *Una ciudad chilena del siglo XVI: Valdivia: 1552.1604, urbanística, res pública, economía, sociedad*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile.

———— (2001), *Nueva historia de Valdivia*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile.

———— (2002), *Los encomenderos de Chiloé*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 2002.

———— (2006), *La sociedad en el Chile austral antes de la colonización alemana: Valdivia, Osorno, Río Bueno, La Unión 1645-1850*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.

GUARDA GEYWITZ, Gabriel O.S.B. [Orden de San Benito] (1971), «Repercusión en Chile de la independencia del Perú». *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* nº 85, Año XXXVIII, Santiago de Chile.

GUERRERO LIRA, Cristián (2002), *La Contrarrevolución de la Independencia de Chile*, DIBAM, Santiago de Chile.

HANISCH, Walter (Padre) (1982). *La isla de Chiloé: capitanía de rutas australes*, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Santiago de Chile.

LUQUE-LAGLEYZE, Julio M. (2000). «El Ejército Real de Chile en la Guerra de Independencia de Chile 1810-1818», *Anuario de la Universidad Internacional SEK*, nº 6/ 2000, pp. 69-76.

MALAMUD, Carlos (2006), *Sin marina, sin tesoro y casi sin soldados: la financiación de la reconquista de América 1810-1826*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, 2006.

MARCHENA, Juan (1983) *Oficiales y soldados en el Ejército de América*, Sevilla.

———— (2001), «La defensa del imperio» en: Castillero Calvo, Alfredo y Kuethe, Allan (director y coordinador), *Consolidación del orden colonial*, Ediciones UNESCO / Editorial Trotta, Madrid, pp. 615-66.

MEZA VILLALOBOS, Néstor (1958), *La conciencia política chilena durante la Monarquía*, Santiago de Chile.

MUÑOZ, Máximo F. (2002). *La política de defensa de los Borbones: el caso de la Capitanía General de Chile*,

QUINTANILLA, Antonio de 1787-1863 (1955), *Autobiografía*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile.

SEMPRÚN, José y BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso (1992). *El Ejército realista en la Independencia americana*, Mapfre, Madrid.

SERRANO ÁLVAREZ, José Manuel (2004). *Fortificaciones y tropas: el gasto militar en Tierra Firme, 1770-1788*, Universidad de Sevilla / CSIC, Sevilla.

TORO DÁVILA, Agustín (1969). *Síntesis histórico militar de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2ª edición, 1977.

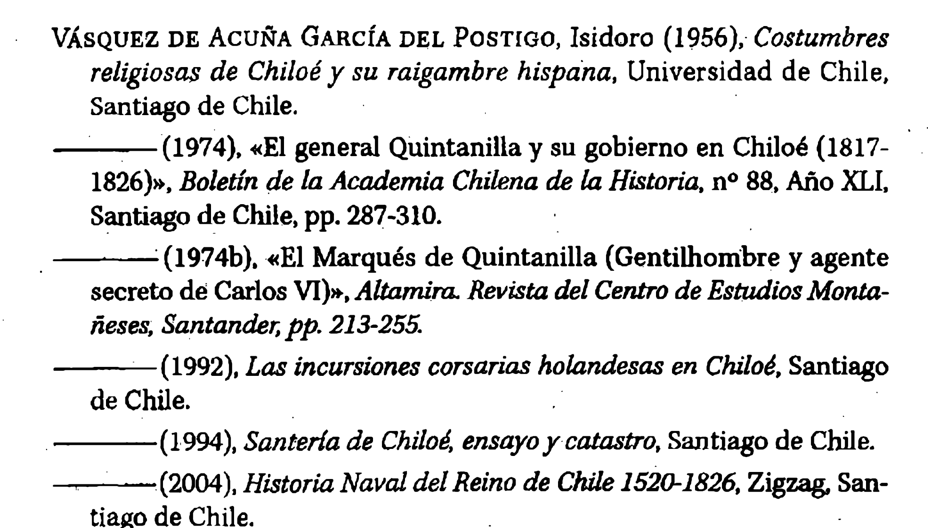
TORRES MARÍN, Manuel (1981), *Chacabuco y Vergara. Sino y camino del teniente general Rafael Maroto Yserns*, Santiago de Chile.

———— (1985), *Quintanilla y Chiloé: la epopeya de la constancia*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1985.

URBINA BURGOS, Rodolfo (1982), *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Santiago de Chile.

URBINA, Rodolfo y MONTIEL VERA, Dante (sin fecha), *Periodo independentista: los chilotes 'defensores del rey': (1812-1826)*, 8 pp. Disponible en Internet. http://members.lycos.fr/chiloe/historia2.htm

VARGAS GUARATEGA, Javier (2006), «Chiloé: el último reducto español de América del Sur», *Diplomacia* nº 106, Academia Diplomática de Chile Andrés Bello, Santiago, de Chile (ene./mar. 2006), pp. 56-92.



VÁSQUEZ DE ACUÑA GARCÍA DEL POSTIGO, Isidoro (1956), *Costumbres religiosas de Chiloé y su raigambre hispana*, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

——— (1974), «El general Quintanilla y su gobierno en Chiloé (1817-1826)», *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, nº 88, Año XLI, Santiago de Chile, pp. 287-310.

——— (1974b), «El Marqués de Quintanilla (Gentilhombre y agente secreto de Carlos VI)», *Altamira. Revista del Centro de Estudios Montañeses, Santander, pp. 213-255.*

——— (1992), *Las incursiones corsarias holandesas en Chiloé*, Santiago de Chile.

——— (1994), *Santería de Chiloé, ensayo y catastro*, Santiago de Chile.

——— (2004), *Historia Naval del Reino de Chile 1520-1826*, Zigzag, Santiago de Chile.